

Al encontrar Leona á Armando Clairvaux, que la esperaba, recordó que aún tenía otro deber que cumplir.

—¿Cómo la habéis dejado?—preguntó el joven, saliendo á su encuentro.

—Bien.... Ya está al lado de su padre.

—¿Pero lo sabe todo?

—No; no sabe nada.

—¡Ah! ¡No he perdido su estimación! —dijo Armando con alegría.

Estas palabras, pronunciadas con calor, causaron á Leona una agradable impresión, porque la probaban que el señor de Clairvaux había recobrado los sentimientos de honor que ella le había supuesto.

—Ahora, señora (replicó Armando), creo que

puedo reclamar las explicaciones que me habéis prometido... Confieso que no tengo ningún derecho á exigir las, pues mi presencia en casa del señor Dubreuil era tan extraordinaria como la vuestra; pero ha debido pasar alguna cosa grave en esa comida, donde he cometido la falta de excederme, y quisiera que me ayudaraís con vuestros recuerdos, pues los míos son muy confusos.

—Estoy dispuesta á daros todas las explicaciones que queráis, caballero; pero este sitio no me parece á propósito para tales confidencias respondió Leona). Si queréis subir en mi coche, podremos hablar de lo que os interesa mientras volvemos á París.

Clairvaux no tuvo ninguna objeción que hacer, y, despidiendo á su cocherero, tomó asiento al lado de Leona.

—El señor Dubreuil (comenzó Lucía Aubré, sin tardar) es el encargado de todos mis negocios desde hace muchos años. Le estimo mucho y me inspira una sincera afección, pues á sus buenos consejos y cuidados debo el poseer una fortuna que me permite vivir independiente.... Así es que no extrañaréis que, al saber que su honor estaba amenazado, haya hecho todo lo posible por defenderle.

—Bien....; pero ¿cómo habéis podido saber?...

—Qué, ¿no os acordáis de nada? Desde la

hora que nos levantamos de la mesa, hasta el momento en que me encontré en un coche en la carretera de *Ville-d'Avray*, ignoro lo que ha pasado. Una de las detestables consecuencias de la embriaguez, es borrar de la imaginación los recuerdos. Es una especie de locura accidental, y el loco olvida siempre lo que pasó durante su locura.

—Al final de la comida (dijo Leona), vuestros compañeros de mesa, que notaron en vos cierta disposición á beber, resolvieron, sin duda por divertirse, acabar de emborracharos. Lo han conseguido fácilmente, y después, á fuerza de instancias y de burlas, os han hecho hablar y habéis dicho que teníais una cita.

—Pero.... no habré designado el lugar, ¿verdad?

—Claramente.

—Al menos, no habré dicho el nombre de la persona.

—¡Perdonad! Habéis pronunciado distintamente el nombre de Luisa Dubreuil.

—¡Imposible!

—¿Y cómo, si no, hubiera yo ido á casa de esa joven?

Armando inclinó la cabeza y guardó silencio.

Lucía Aubré, que tenía prisa por terminar las explicaciones, continuó:

—Esa cita, que en otras circunstancias sólo

hubiese sido culpable, se hacía peligrosa en vuestra exaltación, y mi conciencia me ordenaba que previniese á un hombre á quien respeto y que estaba amenazado de perder lo que hay de más sagrado en el mundo.... Algunos minutos después os seguía á *Ville-d'Avray*.... El señor Dubreuil no estaba en casa.... Entonces corrí hacia el pabellón que habíais designado.... El resto ya le conocéis.... No os sorprendáis al verme usurpar un papel de mujer honrada.... ¡Os admiráis!—añadió tristemente.

—No me sorprende, señora (dijo Armando). Me habían asegurado que no os parecíais á las otras mujeres; pero habían olvidado decirme en qué os diferenciabais de ellas. Hoy me lo habéis hecho saber vos, y os doy las gracias. El mal que mi ligereza pueda causar á la reputación del señor Dubreuil, puede repararse afortunadamente. Amo á Luisa, y en cuanto mi padre, que está viajando, vuelva á París, iré con él á pedir al señor Dubreuil la mano de su hija.

—Eso no me importa ya; mi papel ha terminado (dijo Leona, que quería ocultar bajo un tinte de indiferencia la alegría que aquella noticia le hacía experimentar; pero luego añadió, fingiendo no dar importancia á sus palabras): supongo que ya habréis reflexionado que, aunque os caséis con la señorita de Dubreuil, su reputación queda algo manchada por esta aventura. Quizás vos

no lo entendáis así; pero me parece que si yo fuera hombre, me indignaría con sólo pensar que el nombre de mi mujer había sido pronunciado alguna vez entre una sonrisa maliciosa.

—Pienso como vos (replicó Armando). Esta misma noche me reuniré con las personas que han asistido á esa comida, y....

—Pero ¿dónde podréis encontrarlas?

—En el *restaurant* donde las hemos dejado, alrededor de una mesa de juego.

—¿Y qué las diréis?

—Sostendré que he perdido la cabeza cuando he hecho mis necias confianzas, y juraré abofetear al que se atreva á repetir las.

—Excelente medio para echarlo todo á perder.

—Tenéis razón.... Estoy pensando que si pudiera encontrar alguno que asegurase haber pasado las tres horas conmigo....

—Sería preciso que esa persona tuviese mucha fama de verídica.

—Os han visto partir algunos minutos después que yo. ¿Por qué no decís en confianza á una de esas damas, que, habiéndome encontrado, no me habéis dejado un instante?

—Es ingenioso; pero prefiero (dijo Leona sonriendo) no parecer tan unida á vos.

—Entonces tendré que buscar un cómplice de mi sexo. Ese no temerá comprometerse....

Solamente que tendré que invertir algún tiempo en encontrarle.

—Despidámonos: ya hemos llegado á mi casa.

—Pues apuntaré sus señas, para daros cuenta, si lo permitís, de lo que suceda esta noche.

VIII.

Armando se dirigió al Círculo, y halló allí á uno de sus amigos, Gaston de Villemiane, que estaba leyendo tranquilamente los periódicos de la noche, esperando que quedase desocupado un sitio en la mesa de *whist*.

—¿Es posible que os divirtáis aquí?—dijo Armando, abordando la cuestión desde luego.

—Me fastidio terriblemente,—dijo Gaston, bostezando.

—En ese caso, no os negaréis á hacerme un favor.

—¿Cuál?

—El de seguirme al Café Inglés, donde encontraréis mujeres bonitas, y algunos de nuestros amigos.

—¿Cenando?

—No, han comido ya; y ahora deben estar jugando.

—Pues vamos allá.... Me gusta haceros este favor.

—Entonces me apresuro á pedirlos otro.

—Os lo concedo por adelantado, si es del mismo género que el primero.

—No se parece en nada.... Se trata de rogarnos que carguéis con una mentira vuestra conciencia.

—Eso es más grave.... Ya sabéis que no tengo costumbre de hacer esas cosas.

—Por eso, precisamente por eso me dirijo á vos con preferencia á cualquier otro. Vuestra franqueza y vuestra sinceridad son conocidas; y si vos afirmáis un hecho, no habrá nadie que lo dude.

—Pero para merecer esa buena reputación, no quiero afirmar nunca más que cosas verdaderas.

—La mentira que os pido es de las más honradas, de las más santas.

—¡Me animáis! Partamos, y ya me explicaréis por el camino cómo mintiendo se puede ganar el cielo.

Gastón y Armando encontraron á su llegada muy aumentado el número de los compañeros de mesa de éste, á causa de una alianza contraída con otro alegre grupo.

La gloria de este hecho pertenecía á Carolina L....: una mirada indiscreta dirigida al gabinete de al lado la había hecho saber que estaba ocupado por personas conocidas, y ella había propuesto la unión de las dos sociedades, á fin de animar el *baccarat* á que se entregaban los jugadores en ambos gabinetes, y que amenazaba concluir en las dos partes por falta de combatientes.

Cuando Armando y su amigo entraron en el salón, se celebró por medio de gozosos *bravos* la llegada de aquel nuevo refuerzo.

—¡Muy bien! (gritó Carolina.) Los hijos pródigos vuelven tarde ó temprano al seno de su familia.

—¿Dónde pueden estar mejor? (murmuró Desobry, que, como no jugaba, dormitaba extendido en dos sillones.) Orchamps mismo, Orchamps, que no es hijo, pero que sí es pródigo, ha venido ya hace media hora.

—Habla menos (dijo Orchamps), y dime si quieres carta.

—Sí: una pequeña.

—Ahí tienes un diez.

—Admirablemente.

—Eres fácil de contentar.... Tengo cuatro. Tiro.... tres...., son siete. Perdéis las de los dos lados. Cedo la baraja.

—Y yo (dijo Carolina). Voy á hablar con Clairvaux.

Y se reunió á los recién venidos, que estaban de pie detrás de Nanteuil y Desobry.

—Armando (dijo Nanteuil), ¿segurís estando alegre?

—Si no lo he estado nunca.

—¿De veras?

—Os lo juro.

—Querido Armando, convengo en que ya se os ha pasado; pero lo que es antes, tenéis que confesar que habéis estado enteramente chispo....

—Sin embargo, os aseguro....

—Sí, que ahora tenéis toda vuestra sangre fría.... Entonces, decidnos: ¿ha estado muy amable?

—¿De quién habláis?

—De la.... persona de la cita.

—¿Qué cita?

—¡Ah! Ya ha olvidado su confesión, y pretende no haber estado chispo.

—No, no; si es que no os había entendido (replicó Armando, que fingía confusión). Ha estado graciosísima y encantadora.

—¿Es morena, verdad?

—Sí, una morena muy picante.

—Hace dos horas era rubia.

—¿Es jóven?—preguntó Ana D...., que se había aproximado.

—Sí, bastante.

—Armando es difícil de contentar, señores.

¿Pues no llama *bastante* joven á una niña de diez y ocho años?... ¡Pobres de nosotras! Nos llamará viejas, con seguridad.... ¿Y habéis estado mucho tiempo con ella?

—Desde que os dejé hasta ahora.

—¡Qué estáis diciendo! (exclamó Gastón de Villemiane, que esperaba la ocasión de representar su papel.) Si estamos juntos desde las diez.

—¡Queréis callaros!—murmuró Clairvaux á su oído, pero bastante alto para que le oyeran.

—No, no; hablad, por el contrario (replicó Carolina); Armando nos ha dicho antes una cosa, y queremos saber si es cuento ó historia.

—¡Cuando os digo que es verdad!—gritó Armando, simulando que estaba encolerizado.

—Querido (observó Desobry, desde el fondo de los sillones en que estaba tendido); Carolina no ha dicho nada que pueda herir vuestra susceptibilidad. No pone en duda la buena fe y la veracidad de Armando Clairvaux cuando está en ayunas. Quiere solamente probar la borrachera de un compañero de mesa, á quien se ha empeñado en embriagar con sus miradas. Si después de habernos dejado con el pretexto de reuniros á una mujer, os habéis paseado tranquilamente por las calles, Carolina pensará que estabais efectivamente chispo al engañarnos, y se felicitará del efecto producido por sus seductores ojos.

—Aprobado,—dijo Ana D....

—No puedo, en conciencia (replicó Villemiane), dejar á esta señora en duda sobre el poder de sus ojos, y declaro que cuando me dirigía al teatro á eso de las diez, apercibí á Clairvaux que iba haciendo eses por la plaza de la Bolsa. Me reuní á él, y he pasado la noche paseándole al aire libre, para hacerle recobrar sus sentidos.

—¡Y yo (exclamó Carolina) que había cometido la simpleza de estar celosa!

—¿Pero qué quiere decir todo esto?—dijo Armando.

—Que cuando estabais *alegre* os imaginabais tener agradables aventuras.

—Os repito que no he estado alegre, y si he pretextado una cita, ha sido sólo con objeto de que me dejárais salir.

—Apuntemos esa primera declaración, esperando la segunda, que es su consecuencia....

¿Os acordáis del nombre de la que os esperaba?

—No he designado á nadie.

—Estáis cogido de pies y manos, querido mío (dijo Carolina, riendo); pues todos hemos oído claramente el nombre de la heroína de esa cita imaginaria.

—¡Imposible!

—Que lo digan estos señores.

—Carolina tiene razón,—dijeron todos á coro.

—Pero, después de todo, ¿á quién he nombrado?

—Ya se os dirá; pero antes es preciso que confeséis humildemente: «He estado completamente chispo.»

—Pero si es que....

—Tened menos amor propio, Armando; confesad,—dijo Gontrán Villemiane.

—Bueno....: confieso.

—¡Por fin!—exclamaron todos.

—Ahora, decidme el nombre que me habíais prometido,—dijo Clairvaux.

—Voy á decirosle (replicó Desobry), y cuando lo hayáis oído, comprenderéis lo bien que habéis hecho en confesar vuestros errores.

—¿De veras? (exclamó Armando, después que Desobry le habló al oído.) ¡Ah! ¡qué es lo que he dicho!

Y continuó, fingiendo indignación:

—¡Eso es infame, indigno!.... ¡No vuelvo á probar el vino en toda mi vida!

—No exageréis.... El vino es una cosa excelente.... Predispone al sueño,—hizo notar Desobry. Y, después de haber echado una mirada de indiferencia hacia la mesa de juego, buscó una postura cómoda para dormirse.

En aquel momento Clairvaux fué abordado por Orchamps, que no había perdido ningún detalle de la escena precedente.

—Permitidme que os felicite,—dijo el Conde.

—¿Con qué motivo?

—Habéis representado alguna vez comedias de aficionados en sociedad, ¿no es cierto?

—Nunca.

—Pues entonces, se hace mayor mi admiración; porque, para ser el primer papel, le habéis representado á las mil maravillas.

—No comprendo....

—Conocimiento perfecto del asunto, situación bien sostenida, buena entonación de voz, gestos elocuentes....; todo, en fin. Os felicito, mi querido Armando, porque sois un autor ingenioso y un cómico notable.

—Es posible; pero no estoy de humor de escuchar vuestras burlas. Servíos explicármelas.

—Quiero decir que la escena representada por el señor de Villemiane y vos estaba perfectamente arreglada.

—¿Creéis que estábamos de acuerdo?...

—Para engañar á todos vuestros compañeros de mesa, cosa que habéis conseguido perfectamente, con una excepción.

—¡Caballero!

—No os incomodéis, y tened la bondad de escucharme.... No sé si os habrán dicho por ahí que yo he amado á Leona cuando la conocí en América. Esto es verdad, y confieso que estoy aún enamorado de ella. Así, pues, no extraña-

réis que, al verla salir un momento después de vos, mis celos se hayan despertado y haya pensado en seguirla. La seguí efectivamente, y al llegar á *Ville-d'Avray*, perdí su pista; pero cuando la buscaba por todos lados, os vi que salíais de la casa del señor Dubreuil, donde antes dijisteis tener una cita.... No nos habíais engañado; y cuando he presenciado la escena que acaba de tener lugar, comprenderéis que he tenido ocasión de admirar vuestra singular habilidad de actor de primer orden.

—Pero....

—Permitidme terminar. Con una sola palabra he podido destruir vuestra obra; pero eso os hubiera contrariado, y he guardado silencio; y en el porvenir seré igualmente discreto. Sólo quería advertiros que, en lugar de ser uno de vuestros espectadores, ejecutaba una escena muda en la comedia que estabais representando.

Después de haber pronunciado este discurso con su serenidad acostumbrada, Orchamps se fué á tallar un rato, dejando á Clairvaux completamente aturdido, preguntándose lo que debía hacer, y con qué fin se había mostrado el Conde tan reservado en la conversación maliciosa que acababa de tener con él.